



GILES
KRISTIAN

LANCELOT

GUERRERO. AMIGO. AMANTE. LEYENDA.

NARRATIVAS HISTÓRICAS  edhasa

LANCELOT

GILES KRISTIAN



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Lancelot*

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

© Mapa: Liane Payne

Primera edición: noviembre de 2019
Primera edición en e-book: mayo de 2020

© Giles Kristian, 2018
© de la traducción: Julieta Lionetti, 2019
© de la presente edición: Edhasa, 2019
Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4745-6

Producido en España

LANCELOT

Prólogo

Implacable, persigo sin parar cada giro, cada vuelta, a través del humo amargo que asciende desde los incontables caseríos. Sobre los promontorios de los túmulos y el brillo del arroyo. Entre fardos de cereal, robles antiguos y piedras erectas, la alondra es una ondulante mancha castaña a una garra de distancia. Ahora, el blanco fogonazo de su cuello. Ahora, el blanco y negro del borde delantero de su ala. Olvidada su canción, su terror es el sabor del viento.

No puedo atraparla. Entro en barrena. Giro. Me elevo hacia los dioses y desciendo en picado hasta la tierra. Suturo la tierra al cielo. Me deleito con la persecución, pero aún más con las vistas. Toda la prodigalidad del mundo apiñada en mi ojo fiero.

Viro abruptamente, abandonando la estela de la alondra. Atraído hacia el runrún que no se eleva del océano cercano, sino de los hombres. Me poso en lo alto del árbol sin ramas. El árbol labrado, de cuya cintura pende una abrazadera de cadena de hierro. Huelo la niebla ascendente del aliento de la multitud. Me calienta las plumas en el aire enrarecido de la madrugada. Y observo. También siento. Más de lo que un ave debería sentir. La pena que, como un sudario, se echa sobre la asamblea. El miedo. La incertidumbre y el remordimiento.

El runrún aumenta, retumba por entre los congregados como una ola y vuelve a apagarse. Llegan los lanceros, que parten el rebaño, torpe, por miedo y respeto. Entre ellos, una mujer. De espalda tan recta como las lanzas, pero mucho más noble. El pelo negro como ala de cuervo. Azul como el caparazón de un escarabajo. Bronce bruñido como las hojas de haya en el cambio de estación. Y todavía posee tanta belleza que el aire del día se extingue en trescientos pechos, como el humo y las chispas aspiradas por el cañón de la fragua. Los brazos se extienden, las

manos gesticulan tratando de aferrar su traje de color bermejo. Hombres y mujeres se fusionan, ávidos de tocarla cuando pasa. Ansían una parte de su tragedia. Anhelan una pizca de su poder. Temen sus artificios.

Mi hambre se extingue junto con el recuerdo de la alondra. Un chico mezquino me ve y tira una piedra, y me elevo de la estaca; mis alas anchas y puntiagudas golpean más rápido que el pensamiento y me cierno en la brisa ascendente, todavía observando cómo conducen a la mujer, cómo la tironean a veces, como se arrastra a una yegua poco dispuesta hacia el semental.

El hombre tonsurado está hablando ahora, pero mis oídos no son mis ojos y sus palabras son como el graznido de un ganso. Hacia arriba, tiran de ella, sin gracia, hasta alcanzar los haces de ramas y mimbre, y le colocan la fría cadena alrededor de la cintura, desposándola con la estaca. Ya sólo lucha con su mirada y su porte. El orgullo y el pudor constituyen su única magia, diga lo que diga el hombre de la tonsura, con los brazos extendidos y las manos intentando aferrar el cielo.

Suspendido allí, por encima de todos ellos, soy una bola de energía vibrante, contenida en la tensión de un arco templado. Espero no ver otra alondra, ni una tarabilla ni un pinzón ni una bisbita, porque mi dominio sobre el instinto de esta criatura es delgado como el humo. Puede que me precipite hacia el oeste persiguiendo alguna presa hasta los confines de la tierra.

Ahora, fuego. Tan brillante como para quebrarme el ojo. Florece en un tizón que hiede a alquitrán. El hombre que porta la antorcha se adelanta con los ojos bajos, como si temiera encontrarse con la mirada de la mujer. ¡Y bien que podría temerla! Podría temer a esos ojos glaucos casi azulados que han visto las almas de los hombres como los ojos del halcón ven el mundo: en infinito e inmaculado detalle.

Está helado este hombre que porta la tea. Quieto y rígido como la estaca a la que no osa acercarse. Tal vez tenga miedo de la mujer. Tal vez le tema a la multitud, que se contiene como una respiración entrecortada. Queriendo el fuego y, aun así, no queriéndolo.

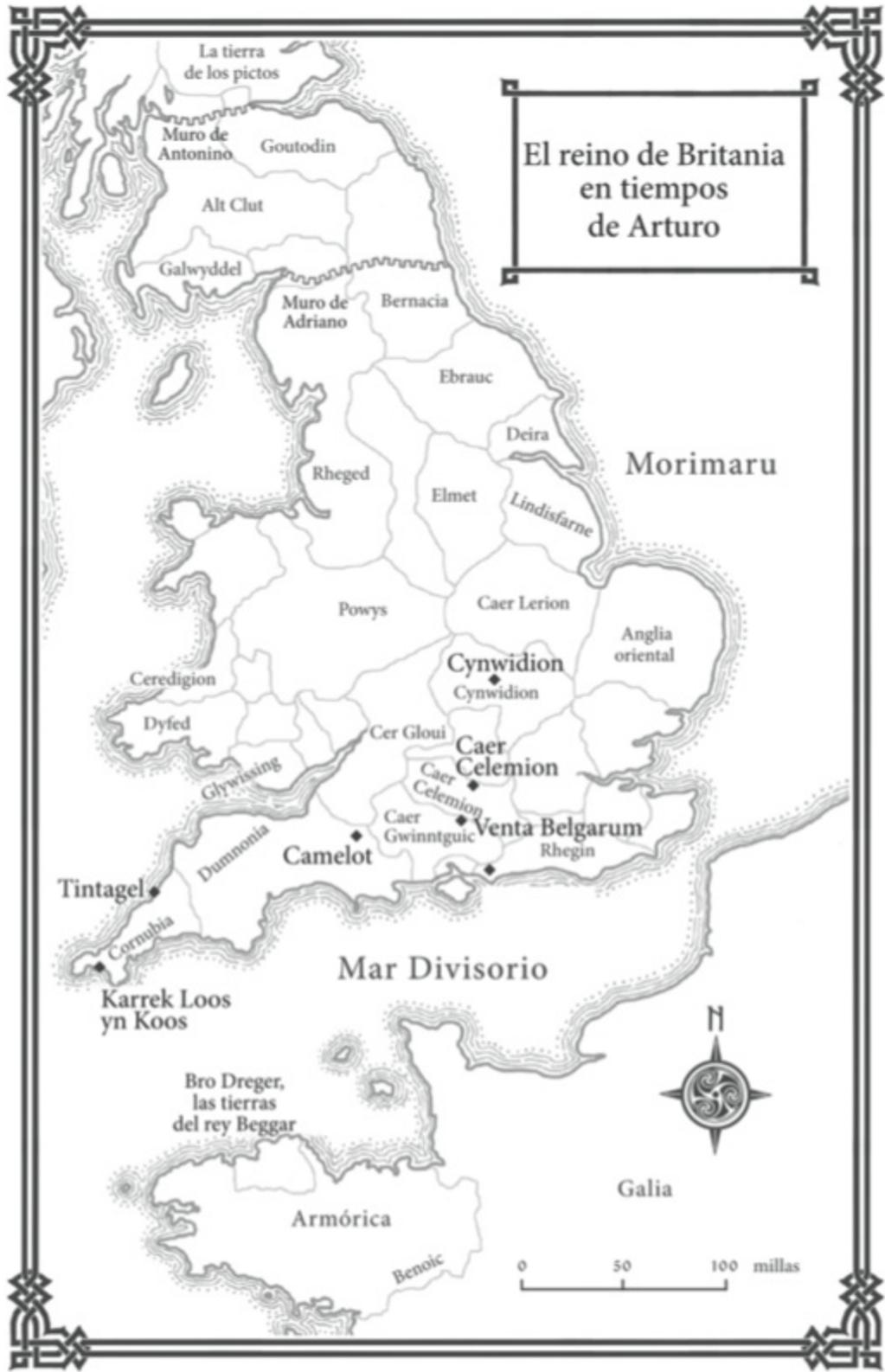
Ahora llega el hombre de oro, con la cota reluciente muy a pesar del día. La gente se aleja de él, contrasta con el modo en que revoloteaban alrededor de la mujer. Apartan la mirada, pero yo no aparto la mía y lo observo cuando le arrebató la antorcha al otro. Su rostro tiene la palidez de las cenizas frías.

Se dirige a la multitud con voz de dolor y, a grandes zancadas, conduce la llama a través del lodo, una ofrenda de fuego a lo que nada es sin fuego.

Pero entonces se detiene. Está solo en un mar de almas. No le asusta mirarla, como sí asustó al otro hombre. Ahora sus ojos se encuentran. Garras enmarañadas en garras. Linajes enredados en linajes.

En algún lugar una mujer aúlla. Más gritos se elevan en el aire cargado de odio. El hombre de oro levanta la antorcha azotada por el viento y, con los miembros envalentonados y el propósito renovado, da los últimos tres pasos.

Las lágrimas de la mujer caen en la madera seca. Vuelve el rostro y mira por encima de todos ellos. Mira más allá de ellos, a través del velo que separa esta vida de la próxima. La llama prende entre la paja encajada en el mimbre. Un chisporroteo de fuego. Un resuello de los que han venido a dar testimonio. El primer bucle nauseabundo de humo enfermizo y amarillo se enrosca y una bocanada me baña en su hedor chamuscado. Demasiado para una criatura de los cielos límpidos. Levanto el vuelo a toda prisa, alejándome del odio devorador y del miedo, y dejo que el viento me impulse a lo largo del valle.



Capítulo 1

Fuego en la noche

De mi padre todavía recuerdo el olor a cuero y acero. La grasa de lana que había en su manto y en sus pantalones y en sus espadas, que mantenía el agua a raya pero apestaba a oveja. El aroma dulce a heno del establo y el olor a sudor viejo de la silla de montar. También su propio sudor, de masculinidad almizcleña. Y lo turbio, a veces aterrador, de su aliento agrio por la cerveza y el vino.

Las más de las veces ya no recuerdo su cara. Tal vez no quiera hacerlo. Pero recuerdo su olor. Sólo tengo que pensar en su olor para volver a ser un niño.

También recuerdo su contacto, pero por su excepcionalidad, por su falta de familiaridad. Aquella mano grande que me alborataba el pelo, dejándomelo como penachos. La roca de su pecho contra mi espalda cuando me ayudaba a tensar mi primer arco. La suave aspereza de su barba la tarde en que, junto al hogar, me susurró que mi madre era la mujer más hermosa de Benoic.

Y más a menudo, los guijarros afilados de sus nudillos, que me atravesaban la mejilla y me dejaban sordo de una oreja y dolorido para el resto del día. El escozor de su cinturón cuando lo había disgustado, o cuando otros lo habían disgustado. El apretón de hierro de sus manos grandes en mis brazos y la sacudida que me zangoloteaba los sesos dentro del cráneo y la embravecida tempestad de furia torrencial en mi cara.

Es curioso que, en medio del caos arremolinado de aquella noche, recuerde nítidamente el tacto de la mano de mi padre. La aspereza de su piel envolvía la mía. La deformidad gruesa y callosa de su mano

mientras me arrastraba a través del humo revuelto y la oscuridad acariciada por las llamas, porque nuestros enemigos habían llegado. Yo había estado en los establos cepillando a Malo, el garañón de mi padre, porque el animal estaba de tan mal humor que nadie, ni siquiera Govran, se habría acercado a él. Aquel invierno la nieve había sido espesa y persistió hasta la primavera. Un manto blanco sobre Benoic había mantenido a la gente junto al fuego del hogar, al ganado en los establos y a los caballos en las caballerizas. Porque no se arriesga al príncipe de las bestias, al amado de la diosa Rhiannon, en la nieve si no hay un buen motivo. Pero trata de explicar esto a Malo. Con quince palmos de alto y de sangre española, según decía Govran, Malo era fuerte y rápido, despectivo y peligroso. Sangre caliente en una tierra fría. Y estaba aburrido, frustrado por la inacción. Culpaba al mundo y a los dioses y a los hombres por esto, pero no me culpaba a mí.

Y, como todos los sementales, Malo creía que la mejor alternativa a una carrera era una pelea.

–El maldito demonio casi me arranca el brazo de un mordisco cuando le acerqué el cepillo –había dicho Govran al entrar, al tiempo que sacudía de sus botas grandes copos de nieve que se derretían sobre las cañas de junco que cubrían el suelo.

El caballerizo de mi padre, Govran, conocía y amaba a los caballos más de lo que amaba a las personas, incluida su mujer Klervi, o así decía ella a menudo y él nunca la desmintió.

–Dejó a Erwan de culo cuando intentó cogerle el casco para ver si había podredura –espetó Govran, resoplando entre sus frías manos–. Debería dejar suelto a ese demonio negro y observarlo mientras cruza a la carrera el techo del mundo, escupiendo furia y arrastrando fuego. – Primero miró a mi madre, luego a mi padre. A mí no me miró–. ¿Quieres que almohace al diablo? Tendrás que mandar al niño.

No muchos podían hablar así a mi padre. Govran, sí. Habían sido hermanos de armas mucho antes de que mi padre se convirtiera en rey.

–No te deja muy bien lo que dices, Govran –le contestó mi padre. Y así era, porque yo todavía no había cumplido nueve años–. ¿Debería estar buscando un nuevo caballerizo?

–O un nuevo caballo –refunfuñó mi madre entre dientes.

Govran farfulló algo que, por fortuna para él, no se oyó porque los troncos de pino chascaron y estallaron en el fuego del hogar, tapando su voz. Para entonces ya habíamos consumido toda la leña debidamente preparada para ello.

Fuera se levantaba el viento y yo sabía que eso no ayudaría al estado de ánimo en los establos.

–No me morderá, padre –dije, casi seguro de ello.

El ceño de mi madre se frunció con gravedad, como un tejado de paja cargado de nieve.

–Esa bestia podría arrancarle la cabeza al niño de un mordisco y luego la engulliría de un bocado –replicó.

–Me muerde porque de vez en cuando olvida qué es qué –dijo Govran, frotándose los dedos y las palmas para entrar en calor–. Se cree que él es el amo y yo el criado, y trata de ponerme en mi lugar. El muy cabrón. –Me señaló con un movimiento del mentón–: No se siente amenazado por el niño.

–Los niños no se hacen hombres atados a las faldas de sus madres –murmuró mi padre, llevándose la jarra a los labios y bebiendo un gran sorbo.

–Los niños no se hacen hombres si una bestia de malas pulgas les arranca la cabeza de un mordisco –dijo mi madre.

No había sonrisas. Sólo fuego, y lámparas que ardían, y humo y aire viciado. Todos anhelábamos que llegara el cambio de estación.

Un murmullo y un gesto de la mano de mi padre. Suficiente. Ya estaba fuera, sin tan sólo una linterna para iluminar el camino, abriéndome paso pesadamente en la nieve crocante hasta el puesto iluminado de Malo. Dentro, el ambiente era cálido, con un rastro de almizcle, y apacible por su aliento, alentado con el ritmo de unos fuelles de forja, que atizaban la ira que había alejado al resto de los humanos.

–Estoy aquí –dije quedamente, como nieve que cae sobre nieve–. Estoy aquí.

Al principio, resopló con sorna, muy consciente de que los varones se habían retirado y habían enviado a un niño. Se avergonzaba de ellos.

Pero le dejé oler mis manos unos segundos, mientras le susurraba que podía morderlas si eso le hacía sentir mejor. Y, como no me mordió, me subí al taburete del herrero, enterré mi nariz en sus gruesas crines e inhalé su esencia; y luego le susurré que ya éramos amigos y que podíamos maldecir al resto. Entonces nos pusimos a trabajar: yo, con su pelaje negro como ala de cuervo, quitándole el polvo de la paja y la suciedad; él, en la tarea de deshacerse del odio.

Las yeguas, los potros y los otros sementales estaban inquietos en los establos. Un caballo teme el siseo del viento porque teme a las serpientes. Está en él, en su interior, pasa del padre al potrillo. Así se lo había contado un forastero a Govran, que a su vez me lo contó a mí.

–Si me preguntas, te diría que es más probable que teman los sonidos que no pueden oír a causa del viento, como el de una manada de lobos merodeando –me había dicho Govran, lo que resultaba más verosímil para un chico que creía que un príncipe como Malo no podía confundir las corrientes y mareas del cielo con una criatura que se arrastra sobre el vientre.

Más tarde, de tener tiempo, me ocuparía de otros tres o cuatro caballos, pero Malo era mi favorito y, cuando estaba con él, el mundo exterior se desvanecía como el humo en las corrientes de aire. Éramos Malo, yo y el cepillo de cerdas. De la cabeza al cuello; luego, el pecho, la pata delantera hasta la rodilla, e incluso la pezuña. De vez en cuando, frotaba las cerdas del peine de asta de ciervo para quitar los residuos.

Después, su larga grupa, los flancos, el vientre y, finalmente, las patas traseras hasta la cuartilla. Con cada cepillado, el aceite de su piel afloraba a la superficie hasta que brillaba como ébano lustroso. Por último, la crin y la cola, con el peine, hasta que fueron como seda ondeando por las rachas de viento que se colaban entre las maderas del establo. Leve como un pensamiento, aunque despreocupado del paso de la media luna por el cielo.

Ni siquiera Malo era capaz de guardar rencor por mucho tiempo. No conmigo. Para cuando terminé con él, el destello de indignación de su mirada era ahora de orgullo. Y allí estaba en toda su envergadura, resoplando arrogante, haciendo honor a su nombre, que significaba

«rehén radiante» porque antes le había pertenecido al enemigo de mi padre. Cuando yo era todavía un niño de pecho, lo habían capturado en una incursión junto con otros tesoros, pero a mi padre le gustó demasiado como para revenderlo.

–Un caballo puede ser tan vanidoso como cualquier guerrero –había dicho Govran.

Malo era más vanidoso que cualquiera de los soldados de mi padre. Pero a mí me gustaba, y yo le gustaba a él. Y nunca me había mordido. Nunca.

Y aquel grito fue la primera noticia que tuve del ataque que esa noche iba a cambiar mi vida para siempre.

* * *

Con la tela de almohazar en la mano –ya casi había terminado–, quitaba las últimas motas de polvo dejadas por el cepillo blando, limpiándole alrededor de los ojos a Malo, donde no hubiese tolerado las cerdas. Estaba entregado a la tarea, saboreando el destello de su pelaje negro, tal y como los guerreros de la casa de mi padre se complacían consigo mismos cuando sacaban lustre a los yelmos, a las espadas, a las vainas y al cuero de sus tahalíes. De modo que, al principio, no me percaté de la nota estridente de un cuerno entre el gemido salvaje del viento, al otro lado de los establos. Fue Malo quien me alertó. Bufó y levantó la cabeza, aguzó las orejas, filtró los gritos y el estrépito del cuerno del lamento del viento.

Olí a humo en ese mismo instante y supe que nuestros enemigos habían llegado. El cuerno volvió a sonar, y salí corriendo a la noche, que en ese momento era de cobre y bronce porque habían prendido fuego al granero y a la fragua. Las vacas mugían de miedo en el cobertizo y varias sombras corrían a través de la nieve. Vi fuego en espadas y yelmos, y su hechizo me paralizó.

–¡Muchacho! ¡Corre, muchacho! ¡Con tu padre! –gritó la voz de Gwenhael a través de la capa que lo cubría; llevaba la espada en mano, su mirada era feroz de cerveza y su aliento empañaba el grito–. ¡Vete,

muchacho! –bramó, y luego concentró toda su corpulencia vestida de pieles en un guerrero que le había arrojado una lanza. Gwenhael desvió el golpe antes de enterrar la espada en el vientre de su contrincante, pero había tres más que lo cercaban, como lobos a un oso, y Gwenhael alzó la espada con ímpetu y rugió su desafío. Lo vi caer bajo un diluvio de acero e insultos.

Y entonces eché a correr, aunque no hacia el palacio ni en busca de mi padre. Corrí por los laterales de los establos, aterrorizado tanto por los relinchos y los chillidos de los caballos como por el asesinato de Gwenhael, y luego atravesé el descampado frente al granero, veloz como una liebre sobre la nieve bronceada por el fuego. El viejo ahumadero había sido el hogar de Hoel y sus halcones desde que el trasero del rey Peredur calentó el trono de roble de Benoic, y nunca había oído que la puerta estuviese cerrada. Ahora tampoco estaba cerrada, sino que batía sus dinteles, abierta de par en par, con un retumbo que hacía que los pájaros chillaran y aletearan sin cesar en sus perchas, tensando sus correas en un alboroto desaforado.

–¿Quién ha venido, muchacho? –graznó Hoel. Su curiosidad era lo único que le impedía aguijonearme con el señuelo de cazador que sostenía en la mano, por haber asustado a los halcones. Pero ¿qué pensaba que podría hacer el viejo halconero con ese señuelo contra los hombres que estaban matando a los guerreros de mi padre?–. ¡A ver! ¡Desembucha, muchacho! ¿Quién está matando a quién?

–Son los hombres de Claudas –dije, sabiéndolo sin necesidad de que me lo probara el estandarte de ciervo del rey de Tierra Desierta, ni de haber visto a Claudas en persona aquella noche lamida por las llamas–. Los vi matar a Gwenhael –admití, avergonzado de repente sin motivo.

Hoel dejó escapar un sonido de su garganta, que oí a pesar de los chillidos de los halcones a nuestro alrededor. Detrás de él, el gerifalte de mi padre era una furia blanca tratando de escapar de su percha y su estridente gañido desgarraba la rancia penumbra mientras sus grandes alas provocaban que las velas se apagarán.

–¡A ver! ¡En nombre de Taranis! ¿Qué haces aquí, muchacho? –preguntó Hoel con la cabeza inclinada como imitando a uno de sus

halcones para poder clavar su único ojo en los míos. El otro era nata cuajada en medio de montones de arrugas y cicatrices desde hacía mucho tiempo, gracias a las garras feroces de alguna criatura. Una terrible herida para que sea contemplada por un niño de mi edad, pero más horrenda aún para el niño que la había soportado. Y, aun así, el aprendiz de un solo ojo se había convertido en maestro, y yo estaba acostumbrado a ese horror.

Observaba la espalda de Hoel cuando una ráfaga de viento pasó por entre las puertas desde donde él se encontraba mirando hacia fuera y me envolvió en el aroma conocido de su sudor. A decir verdad, el viejo halconero me caía mejor que mi propio padre; Hoel lo sabía y se sentía culpable por ello. También sabía que mi cariño por él y sus pájaros podía ser mortal para mí. Se dio la vuelta y me miró ferozmente; su ojo bueno me dijo que había visto algo terrible en aquella oscuridad perseguida por las llamas.

–Tu madre estará afligida, muchacho. ¡Vete de aquí, antes de que esté todo perdido!

–Nos marcharemos juntos –dije, y se oyó un chillido en la noche que podía ser de una zorra, aunque sabía que no lo era.

–¡No hagas el tonto! –exclamó Hoel, inclinándose hacia mí como para golpearme con el pájaro de esparto y cuero que todavía sostenía en la mano agarrotada–. ¡No echaré a correr con el resto! ¡No podría, aunque quisiera!

Sabía que era cierto. Imposible imaginar las viejas piernas de Hoel, enjutas como una fusta, llevándolo a buen ritmo por la nieve. Ni siquiera recordaba haberlo visto cabalgar, ni tampoco acompañaba a los hombres a cazar últimamente, confiado de que mi padre era lo bastante hábil con los halcones como para no estropearlos.

–¡Vete! ¡Ahora! –gritó, y me golpeó con el señuelo. Dos veces, pero lo soporté sin perder pie.

Hoel debería haber tenido un aprendiz, pero había rechazado a todos los pretendientes –tampoco es que se presentaran muchos–, y yo estaba convencido de que me reservaba el puesto, aunque faltaban varios años para que estuviese listo. Pasaba la mitad de mi vida en aquel sitio oscuro

y acre y, pese a que los saberes del maestro halconero eran amplios y su trabajo incomprensible para mí, sentía fascinación por los pájaros. Los admiraba. Los quería, incluso. Y, aunque el mundo me reservara otro destino, siendo como era un príncipe, con gusto me habría convertido en su aprendiz. Para mi hermano Hector, el asiento del trono de Benoic; para mí, los halcones y las águilas.

Pero nunca sería así, y lo supe entonces con tanta certeza como sabía que el ojo blanco y muerto de Hoel nunca vería al halcón peregrino caer en picado, más rápido que un pensamiento, para apoderarse de un urogallo en pleno vuelo. Sin embargo, me quedé allí, como si me faltara algo del viejo, necesitado de algo más.

–No me matarán –dijo–. El rey Claudas no es un bárbaro. Seguro que ama la caza, como tu padre, y no me matará.

No tenía costumbre de mentir, porque los pájaros no necesitaban que se les mintiera, pero echó un brazo atrás, hacia las perchas y sus habitantes, algunos de los cuales aún aleteaban porque podían oler el fuego y la sangre.

–Su maestro halconero no conoce a estos pájaros. Me mantendrá con vida. –Su único ojo podía atravesar cualquier cosa como una hoja afilada–. Pero a ti sí te matarán. O algo peor. Ahora, vete. ¡Y rápido! –dijo, agitando los brazos para ahuyentarme.

Estaba demasiado mayor y entumecido como para huir, y los dos lo sabíamos. Tampoco iba a dejar a sus halcones al cuidado de extraños, de manera que me resigné a dejarlo atrás. A abandonar aquel silencioso y fragante santuario donde había sido tan feliz. Me volví y me dirigí hacia la puerta, más allá de la cual reinaba el caos.

–¡Espera, muchacho!

Me giré, esperando contra todo pronóstico que el viejo hubiese cambiado de opinión y que huiría conmigo en medio de la noche.

–Aquí. Ven aquí. Rápido.

Forcejeaba con la pihuela que sujetaba al gavián hembra a su percha; los dedos torpes por la edad, o quizá por el miedo. El rey Claudas era cruel como el invierno. Más cruel incluso que mi padre, había oído

decir a los hombres. Sin duda, Hoel también lo había oído. Al fin, lo alcanzó y cogió al pájaro con delicadeza.

–Toma –dijo–. Ahora es tuya.

Me quedé desconcertado. La gavián era joven, todavía no había cambiado su plumaje al de adulto, toda marrón moteada, y sus ojos todavía eran amarillos, aunque ya entonces tenía esa mirada de enfado propia de todos los gavilanes. Yo acompañaba a Hoel cuando la encontró, antes de que llegaran las nieves, en el bosque cerca de Gourin. Nos atrajo al lugar la notable ausencia de otros nidos; una señal segura, había dicho el maestro, de que un gavián hembra había anidado en los alrededores. Nunca se equivocaba en estos asuntos.

–¿El gavián? –dije ahora, sin entender.

–Sí, el gavián –dijo Hoel, acercándose al ave a la cara para estudiarla, como si estuviera fijando el recuerdo en su mente–. Mantenla a salvo. Sé justo en su crianza. Aprended el uno del otro.

Yo no era más que un niño y miré por encima de mi hombro derecho hacia donde estaba sentado el gerifalte blanco como la nieve de mi padre, sentado en su percha y fulminándome con la mirada, como antes lo había hecho Hoel. «¡Eeck, eeck!», gañía. Sentí su ira, y la entendí. Si tenía que escoger un ave y salvarla de esa terrible noche y de nuestros enemigos, seguramente debía ser el rey de todas ellas, y el rey era el gerifalte.

Aquel macho había sido entrenado en el arte de la caza y valía más que su peso en oro. Muchas veces lo había visto en lo alto de las cumbres, atravesando el cielo como una estrella fugaz. Me había deleitado en el momento en que plegaba sus alas y se lanzaba en picado, su silueta creciendo en el espacio, hasta que al final la presa lo veía o lo presentía, pero demasiado tarde. Aquel macho era un asesino. Pero ¿la gavián? No estaba entrenada. Una novata que hasta hacía poco no era más que un montón de pelusa desordenada y un pico abierto que chillaba para recibir alimento.

Estaba chillando en aquel mismo momento, y Hoel tuvo la delicadeza de susurrarle su amor incluso en una noche semejante.

–Lo siento, princesa, ahora sé buena –la tranquilizó, mientras con un mano extraía una cesta de mimbre de debajo de la mesa y con la otra la sumía en esa oscuridad desconocida–. Necesitaré alimento tan pronto como puedas dárselo –me dijo, al tiempo que me entregaba su ofrenda.

Incliné la cabeza en aceptación de la cesta con su furiosa ocupante, aunque todavía tenía un ojo puesto en el gerifalte. Hoel cogió su guante de cetrería, de cuero gastado y manchado de sangre, sudor y lluvia, pero limpio. Era un objeto mágico, cortado y cosido sobre un calco de la mano izquierda de Hoel y, a excepción de los pájaros que, de todas formas, pertenecían a mi padre por derecho, su más preciada posesión. No lo miró dos veces; se acercó y me lo metió en el cinturón.

–Y ahora, márchate. Con tu madre y tu padre. Estarán buscándote. Así que me marché.

* * *

Flame, mi zorro casi domesticado, me esperaba junto a la hacina de leña, bajo los aleros de la choza que servía como ahumadero. Su rico pelaje semejava un reflejo del fuego que se agitaba como una gran vela desde el tejado del granero arrojando innumerables chispas al cielo oscuro. Debía de haberme seguido primero hasta los establos y, después, a casa de Hoel, en silencio y con el sigilo y la cautela de un felino. Ahora le llegaba el olor del gavilán en la canasta y mantenía su cuerpo pegado contra la nieve, mirándome con sus ojos de color ámbar, como lo hacía cuando mendigaba un trozo de carne que hubiese robado de la mesa para él.

–¡Vamos, muchacho! –le dije, mientras desandaba mis propias pisadas, aunque ahora había otras en la nieve helada.

También había cadáveres. Seis o siete. Guerreros que había conocido de toda la vida yacían allí como animales abatidos. Con valentía y obediencia, habían salido de sus camas en medio de la noche para enfrentarse a nuestros enemigos y habían muerto por ello, volviendo a un sueño del que nunca despertarían. Y, cuando pasé junto a Gwenhael, en el lugar donde había caído manchando la nieve, no miré, porque

sabía que lo habría avergonzado que lo vieran así. Pero no había visto a Tewdr, el campeón del reino, ni a mi hermano, ni a mi padre, y me atreví a tener la esperanza de que todavía estuviesen vivos. Entonces, se me encogió el corazón ante un pensamiento repentino y terrible. Quizá ya habían huido.

Me detuve, y Flame también, porque un grupo de guerreros del rey Claudas daba la vuelta a la esquina del establo, exhalando el aliento y cargados con los tesoros que habían robado del santuario: estatuillas de plata, platos de oro, candeleros y hasta las sedas bajo las que los sacerdotes pronunciaban las palabras de los dioses. Y aun estando allí, demasiado asustado para moverme por no atraer sus miradas, me disgustaba que esos hombres buscaran riquezas para sí mismos antes de ganar la batalla; antes incluso de haber peleado, a juzgar por su aspecto. Como una jauría de perros detrás de las sobras, así eran, y los odié. Sin embargo, el tañido del acero contra el acero que llegaba del interior del palacio me anunció que el rey de Tierra Desierta también tenía servidores dignos. Hombres que peleaban primero y robaban después.

Una mano se cerró como una abrazadera sobre mi boca y me tiró para atrás contra una montaña de músculos y malla de acero envuelta en aliento a cerveza.

–Tranquilo, niño –me gruñó Tewdr al oído.

Abandoné toda resistencia y dejé que Tewdr me arrastrara hacia atrás, mientras mis talones araban surcos en la nieve, hasta que nos escondimos a la sombra del taller del tonelero. Pero ya era tarde.

Uno de los hombres del rey Claudas nos había visto y alertó a su grupo de ladrones. Por un momento, parecieron reacios a dejar a un lado los tesoros, pero luego cambiaron de idea y los dejaron caer, al tiempo que desenfundaban las espadas y enristraban las lanzas. Una racha helada barrió sus insultos. Tewdr gruñó una maldición.

–¡Aquí está! ¡Loados sean los dioses!

Me volví y vi a mi madre y a mi hermano, y a varios de los guerreros de la casa de mi padre, muchos de ellos ensangrentados, los ojos brillantes por el entusiasmo de la batalla. Detrás de ellos, media docena de sirvientes y algunos esclavos, todos aplastados por el peso de

las pertenencias que mi madre quería salvar de la ruina de aquella noche.

–¡Ven, mi niño! –susurró mi madre con desaprobación–. ¿Dónde diablos has estado?

Mi tío Balsant también estaba allí, sujetando el grueso astil de haya con el jabalí de plata: el estandarte de mi padre. Podía jurar que Balsant había tenido que batirse por él. Y, aun así, me guiñó un ojo antes de entregárselo a Hector y acercarse a Tewdr, con la espada apuntando y amenazando a los enemigos que se acercaban a nosotros, a quienes se les unían otros, frescos para la matanza.

–¡Ve con ellos, niño! –rugió Tewdr, empujándome hacia mi familia.

Mi padre se alzaba entre ellos, imponente entre las sombras producidas por las llamas; su rostro era todavía un acantilado de granito aunque sus ojos traicionaban el horror de lo que estaba ocurriendo. Vi que su espada brillaba por la sangre. Govran, Budig, Salaum y otros tres guerreros lo acompañaban, el aliento cálido formando una nube alrededor de las barbas mientras se preparaban para la pelea o la huida, a medias observando a sus mujeres y a sus hijos, que escapaban hacia los bosques del este envueltos en pieles y cargados con sacos, unos pocos guiando caballos de carga.

–Sigue adelante, mi rey –dijo Tewdr por encima del hombro–. Márchate ahora.

–Sí, señor. Ya os alcanzaremos –le dijo mi tío a mi padre, aunque seguía mirando a mi madre, y ella a él.

Luego, se separó una zancada de Tewdr, de manera que ambos tuvieran espacio para maniobrar con las espadas. Tres de los otros guerreros dieron un paso al frente para unirse a ellos, pero mi padre ordenó que Govran y los hombres restantes se quedaran con mi madre, cuyas ardientes exigencias resbalaban sobre mi conciencia como el agua del ala de una gaviota. Me quedé inmóvil y sin rumbo; un niño aferrado a una cesta que contiene un pájaro asustado, deseando en cambio aferrar una espada y poseer la fuerza de un hombre para usarla.

–¡Venid, entonces, hijos de Balor! –rugió Tewdr frente a los hombres del rey Claudas, dando zancadas para ir a su encuentro.

Tewdr, el matador de osos. Tewdr, el campeón de Benoit.

Mi tío y los demás lo siguieron. No hubo consignas ni canciones de guerra. Sólo valientes que sabían que debían morir.

–¡Vamos, hijo!

Casi dejó caer la canasta cuando una mano tomó la mía y la estrechó con fuerza. Una piel áspera y callosa. Un apretón maniaco. Una mano que nunca había dejado caer la espada. Ni el cuerno de hidromiel.

–Tienes el gerifalte –dijo mi padre–. Bien. Ahora, ven.

Tiró de mí, y fui tras él. Ágiles en la nieve. Seguíamos a los demás en dirección a la lejana linde del bosque. Fugitivos bajo las estrellas y las ascuas cobrizas y arremolinadas de nuestra ruina y los dioses que nos habían humillado.

Oí el choque de espadas detrás de mí. Gritos.

Capítulo 2

Peregrinación

Éramos una caravana miserable. Una procesión de desposeídos. Devotos peregrinos de la supervivencia, despojados de todo lo que no fuera la voluntad de resistir. Muchos de los niños y mujeres lloraban porque sus padres y esposos no habían venido y, por tanto, ya nunca lo harían. La mayoría estaba aterida y agotada por la pena. Algunos de los hombres estaban heridos y goteaban sangre sobre la nieve. Uno de ellos, un hombre corpulento llamado Alor que había recibido una espada en el vientre, se alejó andando hacia los árboles para morir solo y en paz. Nadie lo detuvo. No podíamos descansar ni calentarnos junto al fuego por temor a que nuestros enemigos nos alcanzaran y terminaran la faena que habían comenzado. Ya debían de saber que Ban, rey de Benoic, aún vivía.

Si a aquello podía llamarse vida. Habría preferido al rey colérico y airado al que tan bien conocía que a ese hombre que ahora ocupaba su lugar. Habría preferido que mi padre maldijera a los dioses y jurara venganza. Habría preferido su furia, sus nudillos al cruzarme la mejilla. Cualquier cosa menos lo que era ahora: una figura marchita, doblada por la carga de la vergüenza, el fuego ausente de su mirada, apagada por la humillación de la derrota. Me daba cuenta incluso bajo la luz de las estrellas y con mis ojos de niño, y lo temía enormemente. Por eso lo evitaba, y también a mi madre, que ahora tenía preocupaciones más importantes, como la de asegurarse de que no nos hundiéramos más allá de las profundidades a las que ya habíamos descendido.

El humo que asciende, las estrellas que caen. Todo en una noche odiosa y desafortunada. Hector había compartido algo de pan y queso

conmigo y yo había guardado un trozo del pan para Flame, porque sabía que me rastreaba desde la seguridad de los árboles. Buscaba al zorro cuando mi madre tendía una encerrona a Hector. Ella y Govran habían estado hablando fuera de la vista de mi padre y ahora casi arrastraba a mi hermano hasta la sombra más oscura de un pino cargado de nieve. Mientras, Govran esperaba cerca, calentándose las manos con el resoplido de su aliento. Entre dientes, mi madre le decía a Hector que debía ir con la cabeza bien alta, mostrarse decidido y comportarse como un hombre ahora que su padre se ahogaba en remordimientos.

–Tío Balsant está muerto y el reino está perdido –protestó Hector, que todavía sostenía el estandarte de la familia, el jabalí plateado, que brillaba débilmente en la oscuridad.

En ese instante, dio la impresión de que mi madre se quedaba sin respiración. En algún lugar entre las copas de los árboles, un pájaro aleteó, y cayó un goteo de nieve, y la mirada de mi madre se endureció, se tornó tan penetrante como sus pómulos, que empujaban como espadas bajo su piel pálida.

–Balsant cumplió con su deber y lo honraremos, si sobrevivimos –dijo mi madre. Cogió a Hector por los hombros y él se estremeció a su contacto–. Pero si ahora no actúas como un hombre, se volverán contra nosotros, como lobos –repuso, en tono áspero, señalando con la barbilla rodeada del vaho de su aliento a un grupo de tres guerreros que caminaba trabajosamente, los escudos echados a la espalda y las lanzas a modo de bastón–. Olerán nuestra debilidad y se volverán contra nosotros. Nos robarán y nos abandonarán. Puede que ya estén conspirando para vendernos a nuestros enemigos. ¿Me entiendes, hijo? ¿Te gustaría ver a tu madre violada? ¿El cráneo de tu hermano aplastado?

Pensé en Gwenhael, que yacía muerto y despedazado muy lejos de nosotros. Hector alzó la barbilla y negó con la cabeza.

–¡Nunca! –dijo.

Mi madre aprobó su gesto con una inclinación de cabeza y le acarició la mejilla; y yo lo sentí desde donde me encontraba.

–Éste es mi Hector. Tu padre nos ha costado demasiado. No dejaremos que sus fracasos nos maten.

Yo estaba lo bastante cerca, de pie allí entre los pinos, como para saborear el veneno que emanaba mi madre por el aire nocturno. Mi padre, el tirano, había alimentado esa ambición que sólo le pertenecía a ella. La había elevado muy por encima de su cuna. Pero ¿un rey sin reino? Aquel hombre la había arrastrado a la ruina y ella no iba a consentirlo. Estaba resentida, pese a que el humo de su derrota todavía se percibía en la brisa.

–Sobreviviremos, hijo querido. Y volveremos a levantarnos –dijo a Hector–. Pero debes deshacerte del príncipe malcriado que hay en ti y convertirte en un hombre, y debes hacerlo esta misma noche. Govran te apoyará si alguien nos da problemas.

Hector echó un vistazo hacia donde el caballerizo de mi padre aguardaba.

–Madre –dijo, con una inclinación de cabeza, y luego miró el jabalí plateado, tratando de extraer coraje de ese tótem que había presidido tantas batallas, testigo y acicate resplandeciente de las victorias de nuestro padre. Después, mi hermano salió de entre las sombras y cruzó a grandes zancadas la nieve iluminada por las estrellas. El estandarte, en el puño; las esperanzas de mi madre, sobre sus espaldas.

Ordenó a cinco hombres que se detuvieran y se lo tomaran con calma mientras el resto pasaba, porque ellos formarían la retaguardia en el caso de que los guerreros del rey Claudas aún siguieran persiguiéndonos por el bosque. No quedaron contentos estos cinco, que mascullaban y se quejaban, pero la presencia amenazadora de mi padre y su larga sombra los disuadía de cuestionar a un jovenzuelo al que todavía no le crecía la barba. Después, Hector ordenó a Derrien y a Olier –ambos a caballo– que cabalgaran por delante para asegurarnos de no caer en una emboscada y para advertir a los caseríos cercanos que esperábamos provisiones de ellos: comida y bebida, e incluso ropa para aquellos de nosotros que hubiesen partido mal preparados para los rigores de un éxodo en la nieve.

Habría debido sentirme orgulloso de Hector en ese momento, al verlo comandar a hombres maduros y a experimentados asesinos; tratando de conducirnos a través del naufragio de aquella noche para que pudiéramos sobrevivir. Pero yo era un niño con la pequeña visión del mundo de un niño, y tenía mis propios problemas. La pequeña gavián iba a necesitar carne fresca por la mañana y no tenía nada que darle. Y, encima, Hoel había empezado a domesticarla, un proceso que debería ser diario y progresivo para que la criatura no volviera a su estado silvestre, y ahora era mi responsabilidad, por mucho que no la quisiera.

Me habría quedado gustoso con el gerifalte. Claro que sí. Aquel magnífico macho nos habría conseguido la comida que tanto necesitábamos; habría cazado palomas, patos o conejos para después regresar al brazo de mi padre. Pero si abría la cesta de mimbre y la liberaba de las muñequeras, lo más probable era que la gavián volara como vuelan los sueños en el alba y nunca regresara. Y por eso debía alimentarla, enseñarla y mantenerla viva, aunque no tuviera otras pertenencias en el mundo más que la ropa que llevaba puesta, una capa delgada que no mantenía a raya el frío y el viejo guante de cetrería de un anciano.

Sin embargo, no podría odiar nunca a Hoel por aquello. Seguramente él estaría ya muerto, asesinado en su cabaña mohosa, rodeado por las perchas y sus chillones ocupantes. Lo habrían abatido hombres precipitados, que no habrían respetado su barba blanca ni habrían tenido ninguna consideración por el valor velado de sus conocimientos. Aun así, la gavián, con su ojo fiero y altivo y su instinto cazador, inútil por ahora para los hombres, era un estorbo. Una carga indeseada. Y por eso la odié.

Éramos más de cien y todos caminábamos penosamente; una procesión de refugiados que atravesaba el bosque como almas en pena vagando por el mundo de los espíritus con la esperanza de ser devueltos a la carne. Con el alba, llegamos a Calangor, donde paramos a descansar. Nadie había dado la orden de depositar las cargas en el suelo; ni de recoger seroja para encender fuego; ni de atender a los heridos, ahora que había suficiente luz como para ver. Ni mi padre, ni Hector ni mi

madre anunciaron el alto. Más bien se trató de una fatiga colectiva, una necesidad acuciante de detenerse y reflexionar sobre lo sucedido tanto como de descansar. Tal vez porque el amanecer trae luz a la mente así como al mundo y puede vencer a los demonios y a los espíritus que ambicionan la confusión y nos preferirían perdidos en la oscuridad.

Las mujeres y los niños cogieron los cascos de los guerreros y los usaron para acarrear agua desde el arroyo. Se encendieron fuegos y se cortaron ramas de abeto para que, tendidas en el suelo, sirvieran como asientos. La gente derritió nieve para apagar su sed y compartió la comida que había logrado guardar en las alforjas antes de huir de sus casas. Los que podían armarse de una voz también compartieron historias. Relatos de la noche anterior, de coraje, de catástrofe y de fuga. Y con las palabras llegaron el entendimiento y las lágrimas, por no decir la aceptación. Lágrimas como para dar envidia al arroyo más garboso.

Muchos encontraron a sus seres queridos a la luz del nuevo día, maridos o mujeres, padres o hijas que habían temido perdidos. Los amigos se daban la bienvenida, abrazándose, llorando, consolando a los desposeídos y a los quebrantados como mejor podían. Los guerreros se jactaban de sus hazañas, juraban venganza contra nuestros enemigos e incluso vociferaban que volverían sobre sus pasos ese mismo día. Hablaban de tomar por sorpresa a la cuadrilla del rey Claudas, que estaría borracha de cerveza y sangre; matarían a tantos cuantos pudiesen y liberarían a los nuestros, que, de otra manera, estaban destinados a nuevas vidas como esclavos en otro reino. Pero sus alardes no eran más que ínfulas en un día frío.

Incluida la retaguardia, había treinta y tres guerreros entre nosotros, a los que se sumaban otros doce hombres, jóvenes y viejos, que podían ser llamados a las armas en caso de necesidad. Insuficiente para vencer al rey Claudas. Menos aún sin el liderazgo de mi padre, tío Balsant y nuestro campeón Tewdr. Todos lo sabíamos. Pero los hombres necesitan de la jactancia como los reyes del vino y, aquella mañana, sus amenazas y promesas eran un bálsamo para el orgullo herido. Porque mientras hubiera amigos que yacieran muertos en la nieve, que serían recogidos por los hombres de Claudas, mientras hermanos de armas

habían alzado el escudo y se habían mantenido firmes hasta el último aliento, otros habían huido aquella noche.

Como mi padre y mi hermano. Como yo. Los podía entrever en mis pensamientos –a mi tío y a Tewdr, a Budig, a Saluan y a los demás– mientras recogía leña para el fuego que Meven, el mayordomo mayor de mi padre, había encendido con virutas y yesca. Como los héroes de una vieja leyenda, aquellos valientes habían resistido para que nosotros, que ahora descansábamos a la vera de aquel arroyo, aturcidos, exhaustos y vencidos, pudiéramos sobrevivir. Algún día cantaríamos sus proezas. Estaba seguro. Cuando mi padre se recuperara y volviera en sí y alzara un ejército de guerra y pagara a nuestros enemigos con su misma moneda de acero y sangre.

Acero y sangre. Así iba a ser. Me lo juré a mí mismo mientras caminaba pesadamente, tiritando, con los brazos cargados de ramas, hacia donde estaba Meven. De repente, por encima del hato de leña divisé a un chico cuatro o cinco años mayor que yo. Así la cesta de mimbre de mi gavilán, que yo había dejado apoyada contra un abedul. La llevaba hacia un fuego alrededor del cual tres hombres en cuclillas soplaban las llamas, para alimentarlas poco a poco.

Dejé caer la leña y corrí.

–Esto arderá mejor que... –gritó el chico a los reunidos alrededor del fuego, pero no terminó lo que decía porque me abalancé sobre él, lo golpeé en el costado y salimos ambos volando por un instante, para terminar revolcados en la nieve. Los puños zumbaron y giraron, los suyos más grandes que los míos. Él chillaba como un salvaje. Maldiciones de hombre en boca de un niño. Hasta que unas manos más grandes que las suyas o las mías lo agarraron por la capa y lo levantaron en el aire. Volvió a volar, pero esta vez aterrizó en un agujero para él solo.

–¿Estás loco, muchacho? –bramó el hombre. Era Reunan, el alfarero, y su hijo, quien había pensado en echar mi cesta al fuego, se llamaba Tudi–. Éste es el hijo del rey –volvió a gritar–. Lograrás que nos cuelguen o algo aún peor. ¡Pídele perdón, por el amor de todos los dioses!

–¡No sabía que la cesta era suya, padre! –protestó Tudi con el rostro lívido, a excepción de un rasguño en carne viva sobre su ojo derecho, donde uno de mis golpes ciegos le había dado–. Se me vino encima como un jabato. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

La única razón por la que sabía algo de Tudi era porque se había propuesto como aprendiz de Hoel, y no había nada de malo en ello, ya que los halcones eran infinitamente más emocionantes que las vasijas que hacía su padre. Reunan no compartía mi opinión y con toda probabilidad no habría permitido que su hijo aprendiera el arte del halconero, incluso aunque Hoel lo hubiese aceptado como aprendiz. Lo que, por supuesto, no hizo.

El alfarero agarró a su hijo con una mano y con la otra le cruzó la mejilla.

–Pídele perdón, muchacho, o te pegaré hasta que quedes medio muerto.

–¡Reunan! –le gritó su esposa Briaca, de pie detrás de él, con las manos rojas e irritadas sobre la boca. Pero Reunan volvió a golpear a Tudi, y esta vez la sangre saltó de sus labios a la nieve.

–¡Lo siento! –espetó Tudi, dirigiéndose a mí, mientras yo recogía la cesta volcada, temiendo que la pequeña criatura que la habitaba hubiese sufrido algún daño.

–Esto es mío –dije.

–Suplico tu perdón, no lo sabía. Pesaba tan poco... –se quejó Tudi–. Sólo buscaba un poco de combustible seco para alimentar el fuego.

–Es un pardillo, mi príncipe. Lo sé, pero no quiso perjudicarte –dijo Reunan, con una mueca de dolor por el daño que se había hecho en los dedos al golpear a Tudi. Malo para el negocio. Aunque ahora ya no tenía un taller, ni clientes clamando por sus mercancías.

–Bueno, esto es mío –volví a decir, y levanté la cesta para mirar a través de una pequeña hendidura en el tejido.

–No, niño. Es mío.

Me volví. Mi padre estaba sentado en un cofre de roble que un esclavo había transportado toda la noche junto al fuego que había encendido Meven. La mayoría de los esclavos se habían arriesgado y habían